

Ricardo F. Crespo

---

# Los “problemas de crecimiento” de la economía moderna

---

La economía es una ciencia bien joven. Si comparamos su nacimiento “oficial”, la publicación de la *Riqueza de las naciones* de Adam Smith en 1776, con los de ciencias de orígenes remotos y arcanos como la matemática, la filosofía o la física, llegaremos a la conclusión de que a lo sumo está viviendo su adolescencia.

Los adolescentes tienen todo tipo de problemas de crecimiento: físicos y de carácter. Por una parte, hay que cuidar su “estirón” corporal. Tengo entendido que hay deportes que están desaconsejados para ellos, pues pueden conducir a un desarrollo poco armonioso. En esta etapa, el cuerpo cuenta con todas las potencialidades para crecer funcionando a pleno y, si se lo estimula en un sentido concreto, seguramente descuidará los otros. Por otra parte, es una época crucial para la formación del carácter. Un amigo mío siempre decía que la adolescencia es esa edad en que los hijos dejan de obedecer a los padres, para pasar a obedecer a [los tontos de] sus amigos. Como afirma el escritor cordobés Arturo Capdevila (1947, p. 175) “el carácter general de la adolescencia consiste en no tener carácter”. Es la etapa de la rebeldía.

Este no es un trabajo ni de medicina ni de psicología. Pero la analogía me sirve para hacer una descripción y clasificación de los problemas de crecimiento de la economía. Esto implica suponer que la economía ha crecido o está aún creciendo. El hecho es obvio, pero requeriría una prueba. Sin embargo, no me voy a detener en

ello. Al mejor estilo de los economistas, lo voy a considerar como un supuesto. Como ilustración de este supuesto, al menos, baste considerar el crecimiento en el número de economistas, las revistas académicas, jornadas, congresos, asociaciones y diversas ramas de la economía. También se pueden tener en cuenta el perfeccionamiento de las observaciones empíricas, de los datos de laboratorio, de las estimaciones y de las predicciones; considérese también la ampliación de los supuestos y de las dimensiones tenidas en cuenta por los modelos, y la variedad de las teorías, entre tantos campos de progreso de la economía.

Sin embargo, como decía antes, este crecimiento ha tenido sus problemas. Los que asimilaré a los problemas corporales son los más propiamente metodológicos. El énfasis de la economía ha alternado –a veces con oscilaciones bien fuertes– entre la teoría y los datos empíricos. Esta oscilación dio origen a la famosa *Methodens-treit*, una discusión entre economistas alemanes que duró buena parte del siglo XIX; luego se trasladó a otros países y continuó en el siglo XX. Los partidarios de la teoría vencieron la batalla del siglo XIX. Hoy, en cambio, están venciendo los empíricos. La paz no vendrá después del triunfo de uno de los contendientes sino cuando se llegue a un acuerdo razonable entre ellos.

En el siglo XX, este conflicto se hizo más complejo, pues apareció la econometría. La econometría es la aplicación de la estadística, una rama de las matemáticas, a la economía, para servir como puente entre la teoría –teoría, modelos y experimentos de laboratorio– y los datos reales. En el volumen 100 (año 2001) del *Journal of Econometrics*, que recoge una evaluación y prospectivas del papel de la econometría, el premio Nobel de economía James Heckman (2001, p. 5) señalaba como problemática una triple –ya no doble– separación: entre la teoría económica, la teoría matemático-estadística (a la que se están inclinando los econometristas) y las observaciones. Su prospectiva acerca del buen sentido de la evolución de la economía era condicional: estos “jugadores” solo serían útiles si lograran integrarse. Una de las dificultades para la integración es la creciente complejidad de cada uno de estos participantes. La teoría económica se ha sofisticado enormemente al intentar expresarse matemáticamente; la econometría es una disciplina que implica una dedicación exclusiva para mantenerse relativamente al día; y la precisión alcanzada en las observaciones supone también un *expertise* muy desarrollado. El problema está bien planteado, el ideal de la integración está claro en la cabeza de muchos (sobre todo los economistas más egregios), pero no será fácil, pues los jóvenes se dejan guiar por la fascinación del dominio de técnicas cada vez más absorbentes que inducen a la dispersión

de esfuerzos. Pero este trabajo no se centrará en este “problema de crecimiento” de la economía sino en el otro.

El segundo problema es el que asimilo al problema del carácter rebelde del adolescente. En Aristóteles, lo económico estaba subordinado a la política en su sentido clásico (véase, por ejemplo, Crespo, 1997). Si nos trasladamos al que hemos llamado su nacimiento oficial, se originó, según la expresión de Adam Smith, como una parte subordinada de la política y continuó unida a esta. Encontramos pasajes al respecto tanto en la *Teoría de los sentimientos morales* como en la *Riqueza de las naciones*.<sup>1</sup> Al afirmar esta subordinación, Smith se inscribe en la tradición que se remonta hasta Aristóteles: para Smith la economía es una ciencia moral.

Pero, como buen adolescente, la economía se rebeló contra la política y la moral y se emancipó de estas. El primero en sostener claramente esta rebeldía fue Nassau William Senior, primer profesor de la cátedra de Economía Política de Oxford, desde 1825 (véase [1836-1872] 1938, p. 3).<sup>2</sup> En 1860 dictó la conferencia presidencial de la sección F (ciencia económica y estadística) de la British Association for the Advancement of Science ([1860] 1962). Como sostiene T. W. Hutchison “la sección F tenía que confirmar su respetabilidad científica y sus merecimientos para estar incluida entre las materias ya consolidadas de la ciencia natural” (1962, p. 9). Senior “reafirmó brevemente su visión ultralimitada de la ‘ciencia económica’ y de las funciones del economista, según las cuales se confinan a los límites de la ciencia positiva estricta con un objeto de estudio bien estrecho” (1962, p. 13). Es decir, la economía se desvincula de la política y la moral y trata de imitar a las ciencias naturales.

En realidad, la cuestión del tratamiento científico de la acción humana, dentro del que se inscribe la ciencia económica, ha supuesto siempre una tensión. Mientras que, como afirma Aristóteles en muchos pasajes, la acción humana es esencialmente singular, la ciencia necesita universalizar. El carácter singular de la acción humana viene dado por la consideración de su finalidad. El carácter voluntario, libre y adaptado a las circunstancias concretas de la acción humana le imprime su singularidad. En efecto, Aristóteles señala que “cuando se trata de acciones lo que se dice en general tiene más amplitud, pero lo que se dice en particular es más verdadero, porque las acciones se refieren a lo particular” (*Ética nicomáquea*, EN, II, 7, 1107a 31-3) y luego agrega que “las acciones estriban en lo individual, y esto es en este caso voluntario” (III, 1, 1110b y ss.). Santo Tomás de Aquino comenta que aquellas consideraciones generales acerca de las acciones son inútiles, “quia non consequuntur finem suum qui est directio particularium operatio-

<sup>1</sup> Dice en la primera: “Los logros que la política pretende, el desarrollo del comercio y la industria, son objetivos nobles y magníficos. Contemplarlos nos complace y nos interesa todo lo que pueda tender a fomentarlos. Forman parte del gran sistema del gobierno, y los engranajes de la maquinaria política parecen moverse con más armonía y comodidad gracias a ellos” (*Teoría de los sentimientos morales*, [1759] 1997, p. 325). Y en la segunda: “La economía política, considerada como uno de los ramos de la ciencia del legislador o del estadista, se propone dos objetivos distintos: el primero, suministrar al pueblo un abundante ingreso o subsistencia, o, hablando con más propiedad, *habilitar a sus individuos y ponerles en condiciones de lograr por sí mismos ambas cosas*; el segundo, proveer al Estado o República de rentas suficientes para los servicios públicos. Procura realizar, pues, ambos fines, o sea enriquecer al soberano y al pueblo” (*Riqueza de las naciones*, [1776] 1997, p. 377).

<sup>2</sup> Según Blaug, Senior es el primero en hacer la distinción entre ciencia y arte, entre economía pura y normativa: 1992, p. 54. “Nassau Senior fue el primer economista que proscribió la prescripción”, afirma Maloney (1990, p. 187).

num” (“porque no se refieren a su fin, que es la dirección de las acciones particulares”, *In Decem Libros Ethicorum Aristotelis an Nicomachum Expositio*, In *Eth*, L. II, l. VIII, 334). Por eso, para el lógico norteamericano Willard Van Quine (1960, cap. 6, especialmente la n. 45, pp. 216-222), si hubiera una ciencia humana que buscara la precisión propia de leyes auténticas, debería prescindir de cualquier referencia a intenciones, propósitos, y razones para la acción. La tendencia a querer analizar técnicamente la acción humana y a hacerla completamente predecible es muy vieja. Ya está presente en el *Protágoras* de Platón (véase Nussbaum, 2001).

Hay un modo de obtener generalizaciones no universales acerca de la acción: a través de la probabilidad. Los hábitos humanos dan lugar a tendencias. La naturaleza física también presenta tendencias (climáticas, ciclos productivos, etc.). El científico social puede trabajar con ambas tendencias. Pero, como dice el filósofo alemán Wolfgang Wieland, “tales regularidades [estadísticas] valen siempre para totalidades, y excluyen una aplicación inmediata a los elementos individuales que constituyen esas totalidades” (Wieland, 1996, p. 133). Es decir, no dan lugar a teorías universales estrictas, aplicables sin más a los casos particulares.<sup>3</sup> Por eso, no puede pasar a la prescripción con la sola estadística.

Esta restricción estaba clara para John Maynard Keynes, quien afirmaba en su *Treatise on probability* que “la probabilidad comienza y acaba en probabilidad” (1973, p. 356). “Esto es debido al hecho de que una inducción estadística no es realmente sobre ningún caso particular, sino sobre una serie sobre la que generaliza” (1973, p. 450). Esto no significa que estas generalizaciones sean inútiles. La inexactitud no equivale a inutilidad. Es de destacar la claridad y equilibrio de Keynes en esta materia: “Aunque la naturaleza tiene sus hábitos, debido a la recurrencia de las causas, son generales, no invariables. Sin embargo, el cálculo empírico, aunque inexacto, puede ser adecuado para los asuntos prácticos” (1973, p. 402).

Sin embargo, la economía ha pretendido la exactitud de las leyes naturales. Por ello, tal como bien lo ha expresado Lionel Robbins en su *Ensayo* de 1932, ha tomado los fines como dados y se ha ocupado solo de la adecuación o asignación de los medios a los fines. Esta es la manera de convertir un asunto práctico en uno técnico, susceptible de una solución exacta y eficiente. Los fines dados están representados en un mapa de preferencias consistentes que se consideran como un dato. Dado ese mapa se pueden representar las elecciones como la maximización de una noción homogénea común que denominan utilidad o valor (Robbins, 1984, pp. 15 y 30). El tema es bien grave. Como acertadamente señala Evandro Agazzi, “una actividad técnica que ig-

<sup>3</sup> Este tema está muy bien tratado por Alasdair MacIntyre en *Tras la virtud*, capítulo 8.

norara esta dimensión [la práctica] y que por tanto restringiese el horizonte propio al de la pura eficacia, olvidando el horizonte del *deber*, se transformaría automáticamente en una *actividad subhumana*" (Agazzi, 1992, p. 36).

Pero algunos economistas se dan cuenta de que este procedimiento no expresa lo que pasa en la realidad. Max Weber señala en *Economía y sociedad* que "el aspecto más esencial de la *acción económica para fines prácticos* es la elección prudente de los fines. La acción económica está orientada primariamente al problema de la elección del fin [...] y la tecnología a la elección de los medios apropiados" (Weber [1922] 1978, pp. 66 y ss.; cursivas nuestras). Weber era economista y sociólogo. Comienza su conferencia acerca de la ciencia como vocación afirmando "nosotros, los economistas" ([1918] 1991, p. 23). Otro sociólogo, Talcott Parsons (1934), hace notar que los fines de Robbins no son verdaderos fines, porque solo se conocen *a posteriori*; son un resultado, no un fin. El viejo economista de Chicago, Frank Knight, se da cuenta de que si los fines son dados, no son fines y de que los fines se redefinen en el curso de la misma acción (1956, pp. 128-129). James Buchanan (otro economista profundo, premio Nobel en 1986; véase 1987) desarrolla el mismo argumento. Amartya Sen (premio Nobel en 1998), al proponerse como objetivo económico-social alcanzar para todos los agentes un conjunto de capacidades que han de ejercitarse libremente, también se está ocupando de los fines. Otros se han planteado como asuntos de la economía la felicidad, al darse cuenta de que el crecimiento económico no hace igualmente felices a todos (más aún, las estadísticas muestran algunas correlaciones negativas). Recientemente, aparecen economistas que quieren tratar cuestiones como el altruismo y la reciprocidad, que también implican la consideración de los fines.

Es de celebrar que los economistas comiencen a ocuparse de los fines. Pero la celebración puede trocarse en lamento si no se tiene en cuenta que la racionalidad propia de la adecuación de medios a fines, que la economía usa habitualmente (una racionalidad técnica o instrumental), tiene una estructura o lógica distinta de la racionalidad de la elección de los fines (racionalidad práctica). Dice Aristóteles al comienzo del libro VI de la *Ética nicomáquea*: "La disposición racional apropiada para la acción [*hexis logou praktiké*] es cosa distinta de la disposición racional para la producción [*poietikês*]" (EN, VI, 1140a 2-5). Escribe Santo Tomás de Aquino: "la razón procede de un modo en el ámbito de lo técnico y de otro en el ámbito de lo moral" (*Summa theologiae*, I IIae., q. 21, a. 2 ad 2). Aunque racionalidad técnica y práctica son dimensiones o usos de

la misma razón y acción, sus “estructuras” difieren. Podría suceder que los economistas apliquen la racionalidad instrumental a la elección de fines, tratándolos como si fueran medios sustituibles y maximizables (como hacen algunos autores de las teorías de la felicidad, tratando de calcular una “función de felicidad”). Sen critica esta estrategia, que es la propia del consecuencialismo. Advierte en muchos de sus escritos que frente a la realidad de la heterogeneidad de los fines no cabe acudir a estos instrumentos (véase, por ejemplo, Sen 1999, pp. 76-77). Sin embargo, él mismo no consigue aportar una solución adecuada. Sabina Alkire (2002, pp. 85-86), economista de su corriente (el enfoque capacidades) expresa muy bien el problema:

El enfoque capacidades concibe a la reducción de la pobreza como una tarea multidimensional. Es decir, reconoce que más de un bien humano (la diversión, el conocimiento, la salud, la participación en el trabajo) tiene un valor intrínseco en la sociedad, y que el conjunto de los fines valorados y sus pesos relativos varían según los individuos y las culturas. Pero si los fines humanos son de diverso tipo y no pueden ser representados adecuadamente por una medida común como el ingreso o la utilidad, se nos crea un problema. Se hace imposible elegir “racionalmente” entre diversas opciones que persiguen conjuntos diferentes de fines, si uno entiende por racional lo que entiende la teoría de la elección racional: la identificación y elección de la opción máximamente eficiente o productiva.<sup>4</sup>

Por eso es relevante entender las diferentes racionalidades. El esquema o estructura más sencillo es el de la racionalidad técnica: dado el fin o los fines, esta racionalidad trata de determinar cuáles son los medios apropiados para alcanzarlos. La dimensión técnica considera, planea y obtiene un resultado. Para la racionalidad técnica los medios y fines vienen dados, no son elegidos y la pregunta es cuáles son los medios para alcanzar los fines. La racionalidad técnica puede no contentarse con averiguar cuáles son los medios sino también tratar de sacarles el mayor provecho posible. El mayor aprovechamiento de los medios disponibles conduciría a la consecución de la mayor satisfacción de fines posible. Es la operación que en economía se denomina maximización. Supone la determinación de un baremo común a maximizar. “La razón, dice Santo Tomás, en las cosas artificiales se ordena a un fin particular” (*Summa theologiae*, I IIae., q. 21, a. 2 ad 2).

La dimensión práctica no maximiza, sino que armoniza, coordina, alinea y ordena fines de segundo orden —es decir, fines deseados en sí mismos y también en orden al alcance del último fin:

<sup>4</sup> En términos técnicos económicos hablaríamos de la imposibilidad de maximizar un conjunto de vectores de utilidad sin una unidad escalar.

el honor, la belleza, la salud. ¿Cómo los ordena? Por su contribución a ese último fin, o felicidad. ¿En qué radica la felicidad del hombre? Primeramente, Aristóteles señala la vida virtuosa. Más adelante, sostiene: “la contemplación y la meditación que tienen su fin en sí mismas y se ejercitan por sí mismas” (*Política*, 1325b, 16-20). Para Aristóteles este es el acto más perfecto, en el que radica la felicidad. Pero ambos ideales –vida activa y contemplativa– son compatibles según la interpretación de muchos autores aristotélicos. La clave es que no hay otro fin más allá. “El fin último de la vida práctica –señala A. Vigo (1997, p. 42)– debe ser representado como un fin deseado solo por sí mismo y no como medio para otra cosa, mientras que todo lo demás ha de ser deseado también por causa de o con vistas a ese fin”. Este último fin se constituye en el criterio de alineación del resto de los fines. Este conjunto conforma la constelación de los fines prácticos.

Ahora bien, esos fines alineados según su contribución a la felicidad no se pueden comparar u ordenar cuantitativamente. No son intercambiables y reducibles a una unidad maximizable. Solo podríamos aspirar a optimizarlos (a alcanzar la combinación mejor, no la mayor). Para algunos autores se presenta entonces el problema de cómo sopesarlos, cómo juzgar cuánto de cada uno se ha de elegir para alcanzar el fin último. Pienso que este problema proviene de la predominante interpretación “inclusivista” de la felicidad en Aristóteles que comienza con Ackrill (1980, pp. 19, 21, 22). Esta posición sostiene que la felicidad se compone de un conjunto de “fines constitutivos” o de segundo orden. En cambio, Kraut (1989, *passim*) sostiene una visión de la felicidad como un fin dominante al que se subordinan los fines de segundo orden. La felicidad es la propia del hombre bueno (*spoudaios*), que ve la verdad en todas las cosas (*EN*, III, 4, 1113a 24) y tiene dos dimensiones, la vida virtuosa y la vida teórica. Ya explicaré por qué pienso que la confusión entre inconmensurabilidad e incomparabilidad y la creencia en la vigencia de ambas está relacionada con una interpretación inclusivista de la felicidad en Aristóteles.

Comparar es establecer similitudes y diferencias entre cosas atendiendo a diversos criterios. Se puede comparar cuantitativamente (más extenso, más rápido, etc.), o mediante otra categoría que se les predique. La comparación cuantitativa es la conmensuración. Dentro de la segunda posibilidad, podemos distinguir una comparación cuanti-cualitativa (más coloreado, caluroso, etc.) y otra por prioridad establecida por un “meta-criterio” (más o menos sustancial, bueno o feliz); la segunda es la comparación por grado de intensidad de la cualidad; y la tercera es la comparación por prioridad o posición. Analicemos cada una de estas.



## La conmensuración

Para Aristóteles, la conmensuración supone una medida común que comparten las cosas conmensuradas. Dice en la *Metafísica* (X, 1, 1053a 25-8): “la medida es siempre del mismo género (*syngenes*) [...] la de peso un peso, la de unidades, una unidad”. Por eso, “el número, en efecto, es conmensurable, y de lo no conmensurable (*me symmetros*) no se dice un número (*arithmos*)” (V, 15, 1021a 5-6). Una característica de la conmensuración para Aristóteles es que cuando conmensuramos no tenemos en cuenta las diferencias ontológicas, sino que consideramos las cosas conmensuradas como indiferenciadas, como átomos: “las cosas iguales (*isa*) y totalmente indiferenciadas (*adiafora*) las consideramos idénticas (*ypolambanomen*) en el reino de los números (*arithmois*)” (XIII, 7, 1082b 7-9). Obviamente, son indiferenciadas en cuanto contadas, no en sí mismas. Una consecuencia de esto es que de las cosas contadas en cuanto contadas, es decir, de los individuos o *atomoí* no podemos predicar lo anterior ni lo posterior (III, 3, 999a 12-3). Aristóteles está afirmando que cuando establecemos una comparación cuantitativa o conmensuración, excluimos la consideración de las diferencias cualitativas o sustanciales.

## La comparación por intensidad del grado de la cualidad

Sin embargo, el mismo Aristóteles considera la posibilidad de medir la cualidad. En las *Categorías* (VIII, 11b 26) dice que las cualidades admiten grados, como una cosa es más blanca que otra. Es decir, se pueden asignar números a una escala cualitativa. Aristóteles pone también un ejemplo económico: gracias a la moneda podemos conmensurar cosas distintas según la necesidad que tenemos de ellas (*EN*, V, 5, 1133a 20 y ss.). No obstante, Aristóteles reconoce que esto supone una tensión: “Sin duda, en realidad es imposible que cosas que difieran tanto lleguen a ser conmensurables, pero esto puede lograrse suficientemente para la necesidad” (*EN*, V, 5, 1133b 19-23). Por otra parte, como también dice en las *Categorías* (VI, 5b 11 y 8 10b 13), la escala tiene sus límites ya que mientras que la cantidad no admite contrarios, la cualidad lo hace. Se trata de una comparación por intensidad de la cualidad. Esta medición supone una convención bien limitada: pretende expresar unas diferencias de cualidad a través de otro accidente.

Santo Tomás desarrolla la causa de esta limitación en la *Cuestión disputada sobre las virtudes en general*, al preguntarse si la virtud infusa aumenta (a. XI). El argumento de Santo Tomás es que las variaciones de la forma accidental (una cualidad) son del sujeto



en relación con dicha forma, no de la forma misma. Lo que cambia –o lo que difiere– no es la cualidad sino el sujeto de inherencia de esta: “que alguna cualidad aumenta no significa otra cosa sino que el sujeto participa más de la cualidad; ya que no es propio de la cualidad el tener otro ser sino el que tiene en el sujeto” (c.).<sup>5</sup> Las cualidades en abstracto ni aumentan ni disminuyen. Santo Tomás se pregunta en el mismo artículo por qué se acude al cambio cuantitativo para describir un cambio cualitativo (“alteración”). La explicación que ofrece está llena de sentido común. Dice: “así como a partir de las cosas más conocidas llegamos al conocimiento de las que lo son menos, así también a partir de lo más conocido designamos lo que es menos [...] [P]orque el movimiento de la sustancia según la cantidad es más perceptible que el movimiento según la alteración, entonces los nombres que convienen al movimiento según la cantidad se derivan a la alteración” (c.). Se trata de una predicación “per similitudinem” (ad 1). Lo que se explica de la alteración de la cualidad parece aplicable a la comparación cualitativa. Un producto que cuesta 10 pesos no es el doble de necesario que uno que cuesta 5 pesos. La diferencia de precio solo significa que, si estoy dispuesto a pagar el doble, es probablemente porque necesito o valoro más el producto más caro.

Esta cuestión resulta clara para Keynes: “Cuando describimos el color de un objeto como más azul que otro, o decimos que tiene más verde, no queremos significar que el color del objeto posea más o menos cantidades de azul o verde; significamos que el color tiene una cierta posición en un orden de colores y que está más cerca de un color estándar que el otro” (Keynes, 1973, pp. 38-39). Afirma también:

La cualidad objetiva medida puede no poseer estrictamente una “cuantitividad” numérica, aunque tenga las propiedades necesarias como para medirla a través de su correlación con números. Los valores asumidos pueden ordenarse [...]; pero no se sigue de esto que la afirmación de que un valor es el *doble* de otro signifique algo [...]. Por tanto, un intervalo igual entre números que representan *ratios* no corresponde necesariamente a intervalos iguales entre las cualidades medidas; porque estas diferencias numéricas dependen de la convención que hayamos adoptado (Keynes, 1973, p. 50).

Un auto puede ir al doble de la velocidad de otro (conmensuración), incluso podríamos decir que hoy hace el doble de calor que ayer (comparación por intensidad de cualidad), pero es más difícil decir que un cuadro es el doble de bello que otro. De hecho pode-

<sup>5</sup> Véase también *Suma teológica* (I q.110 a. 2 c) y demás pasajes consignados por Laura Corso de Estrada en la nota 17 de pp. 207-208 de la edición de la *Cuestión usada*.

mos afirmarlo, incluso basando nuestra afirmación en una evaluación de diversos aspectos de los cuadros en cuestión a los que les asignamos un puntaje, otorgándole así cierta pretensión de objetividad (como sucede a veces en la evaluación de los proyectos de investigación o en un concurso académico). Pero no será más que una aproximación inexacta y discutible. Este es un procedimiento constante en la economía, que suele olvidar estas limitaciones.

### ***La comparación por prioridad o posición***

Volvemos a Aristóteles en las *Categorías*. Nos dice que un hombre no es más hombre que otro, como lo blanco es más blanco que otro blanco y algo bello más bello que otro. La sustancia no admite un mayor o menor (V, 3b 33-4a 9). Sin embargo, un cierto hombre es más sustancia que la especie hombre y el género animal, y de dichas sustancias secundarias, la especie es más sustancia que el género, pues está más cerca de la sustancia primaria (V, 2b 7-8). Es decir, esta comparación no es por intensidad de grado.

Este tipo de comparación es el que nos puede ayudar a salir del problema de la incomparabilidad de los fines de segundo orden. Aristóteles señala en los *Tópicos* que cuando se busca un bien a causa de otro, una vez obtenido el otro, el primero no añade nada:

Además los bienes más numerosos [son preferibles] a los menos numerosos sin más o a aquellos que están incluidos en otros, a saber, los menos en los más. (Objeción: si coincide que el uno es en vistas al otro, en cuyo caso los dos juntos no son en absoluto preferibles a uno de ellos, v. g.; el curar y la salud respecto a la salud, pues deseamos curarnos con vistas a la salud...) (Aristóteles, III, 2, 117a 16-21).

El ejemplo que pone es el de la salud y su recuperación. La recuperación no añade nada a la salud porque se busca a causa de esta. Donde hay prioridad no hay conmensurabilidad ni comparabilidad por intensidad.

Aristóteles dice, contra Platón, que “las nociones de honor, prudencia y placer son otras y diferentes precisamente en tanto que bienes; por consiguiente, no es el bien algo común según una sola idea” (*EN*, I, 6, 1096b 22-5; véase también *Política*, III, 12, 1283a 1 y ss.). Esta es una buena cita para los inconmensurabilistas. Pero lo que no advierten es que lo que Aristóteles está rechazando no es la posibilidad de comparar los fines sino de conmensurarlos. La falta de un elemento común, en efecto, impide la conmensuración o la comparación por intensidad cualitativa,

pero no la comparación por prioridad. Frente a la realidad patente de que conseguimos comparar, Chang (1997) insiste en buscar un *covering value* innominado que haría posible la comparación. Pero el problema no está en la falta de nombre del *covering value* sino en la falta de necesidad de este para comparar.

¿Cómo comparamos en estos casos? Ordenando jerárquicamente según algún criterio que permita percibir las diferencias, no mediante una medida común. Hay un tipo de sustancia que es la primera y es más que la segunda. Podríamos decir que ambas son sustancias pero que la distinción entre Sócrates y el género animal, o entre el honor y la vida contemplativa, por una parte, es de otro orden que la distinción entre un azul y otro azul más intenso o entre un día más caluroso y otro, por otra parte. El honor, la prudencia y el placer son bienes, pero bienes diferentes. La palabra bien, en este caso, se usa analógica, no unívocamente. No se trata de una estimación cuantitativa ni cualitativa que se basa en algo en común, sino de una comparación práctica posibilitada por una ordenación jerárquica de prioridad de *bienes distintos*. Flannery (2001, p. 99) le llama un “*ranking* de segundo orden”: se relacionan los *logoi* a través de otros *logos*; es decir, se recurre a la analogía.<sup>6</sup>

Santo Tomás de Aquino también arroja luz sobre esta cuestión. Los términos analogados son predicados según un orden de anterior y posterior (“*prius et posterior*”, por ejemplo, *In Eth*, I, 6, 80). Considerado el carácter analógico del término bien, resulta que “no puede haber una idea común del bien” (*ibid.*). Las diversas predicaciones no implican una “*ratio communis*” (81). Pero al negar la existencia de un bien común, opina Santo Tomás, Aristóteles no está negando la existencia de un bien separado al que se ordena todo el Universo, sino que niega que ese bien sea una idea común de todos los bienes (79). El honor, la prudencia y el placer no solo difieren en cuanto a su razón propia, sigue Santo Tomás, sino también en cuanto a su razón de bondad (I, 7, 94).

Estos fines de segundo orden se pueden comparar según un antes o después, por proporción: como la vista es un bien del cuerpo y el intelecto del alma (I, 7, 96). También se podrían ordenar por su contribución al último fin, esa actividad del alma denominada felicidad: este es un *logos* que permite ordenar jerárquicamente los *logoi*. Sin embargo, en este pasaje Aristóteles prefiere la ordenación según un antes y un después. Santo Tomás solo lo glosa al respecto, diciendo “ahora prefiere este tercer modo [de predicar de cosas por razones no totalmente diversas, sino que convienen en algo] que se toma según la bondad inherente a las cosas [el analógico que determina un antes y un después]. En cambio, los dos primeros modos [en relación al principio y al fin] se toman según la bondad sepa-

<sup>6</sup> Agradezco a Mario Silar quien me puso en contacto con este concienzudo estudio.

rada, por la cual algo no se denomina así con propiedad” (I, 7, 96). Esto no supone, como también señaló Tomás de Aquino, que Aristóteles descarte la función del último fin como ordenador de los fines de segundo orden. Que la felicidad es principio y fin está señalado en muchos pasajes: por ejemplo, cuando afirma que “la felicidad es el fin (*télos*) de los actos” (EN, I, 7, 1097b 21-2), y también que es principio (*arché*) “ya que todos hacemos por ella todas las demás cosas” (EN, I, 12, 1102a 2-3). Es decir, la relación entre fines de segundo orden y último fin se rige según las tres formas de la analogía contempladas en este pasaje aristotélico de *Ética nicomáquea* I, 6 y en su comentario tomasiano. En palabras de Ralph McInerny, el primer analogado debe ser o bien una causa eficiente, o final o material (1961, p. 94).

Es interesante agregar que para Aristóteles, tanto la *praxis*, como la actividad contemplativa y Dios son *energeiai*. ¿Podemos decir que el ser *energeiai* es algo en común? En algún sentido si lo es, pero no como una comida está más caliente que otra. “Estar en acto –*energeia*–, señala el Estagirita, no se dice de todas las cosas en el mismo sentido sino analógicamente –*analogon*–” (*Metaph*, IX, 6, 1048b 6-7).

La captación de la jerarquía de los fines de segundo orden es una tarea de la razón práctica tanto para diseñar un borrador de nuestro plan de vida, como para cada decisión concreta vinculada a nuestra vida práctica.<sup>7</sup> Por eso pienso que los inclusivistas no se explican la capacidad práctica de comparar: al no considerar a la felicidad como una actividad diversa a los fines de segundo orden, no cuentan con un criterio de comparación, un *logos*, que proporciona el fin. Se encuentran frente a un conjunto de fines sin una medida en común y solo queda la bondad inherente a estos como criterio de comparación que determina algo anterior y posterior. Pero este ordenamiento intuitivo, agregó yo, se hace más claro y completo cuando se cuenta con un criterio externo. En efecto, volviendo a la comparación de honor, prudencia y placer. ¿Cuál es el anterior y cuál el posterior? Si estos tres fines de segundo orden fueran constitutivos del fin último sin que este último fuera algo diferente solo nos quedaría una comparación entitativa de la “densidad ontológica” de bien involucrada en cada uno. Algo podríamos decir; quizás pondríamos en primer lugar a la prudencia, luego al honor y finalmente el placer. Pero sería discutible. El militar priorizaría el honor sobre la prudencia y el político a la inversa y, además, todo puede depender de la circunstancia concreta. En realidad lo que en un caso concreto nos permitiría una comparación más clara es la referencia a la relación de estos fines con un último fin. Si no se tiene este recurso es poco explicable cómo logramos

<sup>7</sup> ¿Cómo se arriba a este plan y a esta decisión? Por una parte inciden sin duda la educación, el carácter, las costumbres, normas e instituciones que configuran hábitos: esto es muy aristotélico. Por otra parte, y también es muy aristotélico, se puede considerar este asunto desde el *kata physis*: “La naturaleza, dice Aristóteles, es la causante del orden en todas las cosas” (*Física*, VIII, 1, 252a 12). Ambas visiones parecen compatibles. Solo lo dejo planteado.

comparar. Pienso que la sorpresa de David Wiggins es muestra paradigmática de esta situación:

[los agentes individuales] pueden deliberar [...] acerca de los fines, de los constitutivos de los fines y de los medios para los fines. De alguna manera, a pesar de la intratabilidad e incertidumbre de la materia de elección, los agentes pueden arribar a juicios acerca de qué vale la pena o qué puede o no puede ser hecho por un fin. Y de algún modo, como resultado de todo esto, arriban a normas de razonabilidad compartidas, en parte no explícitas (Wiggins, 2002, pp. 373-374).

Quizás la concepción de la probabilidad de Keynes da cabida a esta tercera clase de comparabilidad. Contempla la posibilidad de que haya un tipo de probabilidades que “no pertenecen a un conjunto común de magnitudes mensurables en términos de una unidad común” (1973, p. 33). En estos casos, “el grado de probabilidad no está compuesto de material homogéneo, y, aparentemente, no es divisible en partes del mismo carácter” (1973, p. 32).

Conviene agregar algunas aclaraciones que pueden completar la comprensión de esta propuesta:

1. Esta jerarquía puede cambiar: Taylor (1997, p. 182) señala el “elemento o contexto Kairótico”. Aristóteles habla de hacer un bosquejo (*perigraphon*) del bien que queremos e ir completándolo (*anagrapasai*) (EN, I 7, 1098a 20-1). Aquí también entra la posibilidad de la akrasia, la racionalización, y la importancia del tiempo en la vida práctica.

2. Esta jerarquía se pone en funcionamiento frente al caso concreto. No siempre tomamos decisiones “extremas”. Muchas veces varias actividades son compatibles y el problema práctico es cómo distribuirlas en el tiempo. En estos casos, el problema podría transformarse en técnico y podríamos maximizar: buscar la distribución más eficiente de las acciones dentro de un tiempo.

3. A pesar del carácter cambiante del plan, los fines de segundo orden no son completamente intercambiables.

4. La armonización no sigue la pirámide de Maslow necesariamente. Necesitamos salud, casa y vestido, pero como filósofos sabemos bien que estamos dispuestos a resignar algo de todo esto en pro del conocimiento o de la amistad.

5. Una vez tomada la decisión, se puede expresar la acción como un procedimiento maximizador. Esto permite que los economistas sostengan equivocadamente que cualquier acto humano racional es maximizador. ¿Podemos expresar la decisión calculando una *ratio* de sustitución constante o variable entre los fines? Contesta

Wiggins: “El inconmensurabilista no negará después del evento, sin duda, que se pueda percibir esa *ratio*. Pero esto es casi vacuo y el inconmensurabilista sería tonto si negara lo vacuo [...] No representa un alegato falsable acerca de los resortes de la acción del agente” (2002, p. 371). Lo que hay detrás de todo esto no es más que una simple falacia de ambigüedad que se puede encontrar tratada en cualquier manual básico de lógica (por ejemplo, Copi y Cohen, 1998, 6.4): se está dilatando el sentido coloquial de maximización otorgándole el de racionalidad. Pero puede confundirnos haciéndonos pensar que siempre maximizamos, que hacemos todo por propio interés, hasta el mismo altruismo. Por eso según Wiggins la teoría de la utilidad es una caricatura de las decisiones y acciones humanas (2002, p. 390). Como señala Rawls (1971, p. 558), la función de utilidad puede caracterizar la elección individual pero nunca podría ser un procedimiento de decisión de primera persona.

La moderna teoría de escalas de la teoría de la medición contempla las diversas categorías mencionadas (véase, por ejemplo, Finkelstein, 1982). La comparación por prioridad o posición corresponde a la asignación de un orden a una escala nominal transformándola en escala ordinal. Esa asignación supone un juicio de la razón práctica, luego del cual se pueden hacer las operaciones propias de una escala ordinal.

¿Qué consecuencias tiene todo lo anterior para la economía? Ya opiné que es legítimo un estudio teórico de lo práctico en la medida en que acepte las limitaciones de la inexactitud de la materia y que no pretenda ser guía para acciones concretas. Pero, ¿cómo hacer para que un economista se quede solo en la academia? Como dice Robbins (1965, p. 7), “pocos son los que se hacen economistas por mera curiosidad; considerada como conocimiento puro, nuestra ciencia, aunque tenga sus momentos fáusticos, tiene menos atracción que muchas otras”. La mayoría, al menos, hace consultoría, y con gran éxito. Se hacen chistes sobre los consultores pero por algo les pagan tanto. Un economista que da recomendaciones tiene que pensar en los fines, no solo por una cuestión moral, sino de realismo.

Ahora bien, si la economía, como ciencia, solo se quedara al nivel de los medios, no se presentaría el problema de la comparación por prioridad y podría funcionar muy bien con todo su excelente aparato técnico. Esto es más fácil que suceda en ámbitos específicos, donde el fin está claro y prefijado y entonces se aplica fructíferamente un análisis costo-beneficio (Finnis, 1997, pp. 218-219). La maximización es el mejor medio de asignar medios a fines dados. Anderson señala que esta tiene un rol local en el marco señalado por el razonamiento práctico (1993, p. 45). También lo nota Wiggins (2002, p. 386).

Hay ejemplos fantásticos de este buen trabajo de la economía en campos como la salud, la educación, el transporte, las regulaciones y privatizaciones, la integración, supuesto que se han definido las limitaciones de orden práctico-político.

Es decir, o bien la economía se limita a lo técnico en áreas específicas, o bien, si quiere influir sobre la acción avanzando sobre el campo de los fines, debe interactuar con la racionalidad práctica, lo que supone introducir la inexactitud. Algo así se debía sospechar Robbins, cuando, ya maduro, recomendó:

Debemos estar preparados para estudiar no solo los principios económicos y economía aplicada [...]. Debemos estudiar filosofía política, administración pública, derecho. Debemos estudiar historia, que nos da reglas para la acción y dilata nuestra visión de las posibilidades. Diría también que debemos estudiar los grandes clásicos de la literatura (Robbins, 1956, p. 17).

Ya hace mucho que la adolescente economía se rebeló contra la política. Tenemos que lograr que finalmente madure. Su verdadero progreso requiere volver a oír a las disciplinas mencionadas por Robbins, de las que nunca debería haberse apartado. Por eso, la tarea pendiente para la ciencia económica es, como reza el título del artículo de Agazzi citado al comienzo de este trabajo, reconducir la racionalidad técnica a su horizonte propio, el de la razón práctica. La economía, si quiere traspasar su límite técnico, debe prestar atención y priorizar la racionalidad práctica. Como todos los buenos hijos, debe volver a prestar atención a sus padres, la política y la moral y también a sus hermanos, el resto de las ciencias humanas.

## Bibliografía

- Ackrill, J. L. (1980), "Aristotle on Eudaimonia", en Rorty, A., *Essays on Aristotle's Ethics*, Berkeley, University of California Press.
- Agazzi, E. (1992), "Per una riconduzione della razionalità tecnologica entro l'ambito della razionalità pratica", en Galvan, S. (a cura di), *Forme di Razionalità Pratica*, Milán, Franco Angeli, pp. 17-39.
- Alkire, Sabina (2002), *Valuing freedoms. Sen's capabilities approach and poverty reduction*, Oxford, Oxford University Press.
- Anderson, Elizabeth (1993), *Value in ethics and economics*, Cambridge, Harvard University Press.
- Aristóteles (1970), *Ética nicomáquea*, trad. María Araujo y Julián Marías, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- (1970), *Metafísica*, edición trilingüe de Valentín García Yebra, Madrid, Gredos.



- (1982), *Tópicos*, en *Tratados de lógica I*, trad. Miguel Candel Sanmartín, Madrid, Gredos.
- (1988), *Categorías*, edición bilingüe, introducción, traducción, notas e índice de Humbert Giannini y María Isabel Flisfisch, Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- (1989), *Política*, trad. Julián Marías y María Araujo, Madrid, Instituto de Estudios Políticos.
- (1996), *Física*, trad. Tomás Calvo, Madrid, Alma Mater.
- Blaug, Mark (1992), *The methodology of economics*, Cambridge University Press, segunda edición revisada.
- Buchanan, James (1987), *Economics. Between predictive science and moral philosophy*, Denton, Texas A&M University Press.
- Capdevila, Arturo (1947), *Adolescencia y voluntad*, Buenos Aires, Hachette.
- Chang, Ruth (1997), "Introduction", en Chang, Ruth (ed.), *Incommensurability, incomparability and practical reason*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 1-34.
- Copi, Irving M. y C. Cohen (1998), *Introduction to logic*, New Jersey, Prentice-Hall.
- Crespo, Ricardo F. (1997), *La economía como ciencia moral*, Buenos Aires, Educa.
- Finkelstein, Ludwik (1982), "Theory and philosophy of measurement", en Sydenham, P. H. (ed.), *Handbook of measurement science*, vol. 1, New York, John Wiley & Sons, pp. 1-30.
- Finnis, John (1997), "Commensuration and public reason", en Chang, R. (ed.), *Incommensurability, incomparability and practical reason*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 215-233.
- Flannery, K. L. (2001), *Acts amid precepts. The Aristotelian logical structure of Thomas Aquinas's moral theory*, Washington, The Catholic University of America Press.
- Heckman, James (2001), "Econometrics and empirical economics", *Journal of Econometrics*, 100, pp. 3-5.
- Hutchison, Terence W. (1962), "Introduction" en Smyth, R. L. (ed.), *Essays in economic method*, Londres, Gerald Duckworth & Co. Ltd., pp. 9-18.
- Keynes, John Maynard (1973), *A treatise on probability*, The Collected Writings of John Maynard Keynes, vol. VIII, New York, St. Martin's Press.
- Knight, Frank H. (1956), *On the history and method of economics*, Chicago, University of Chicago Press.
- Kraut, Richard (1989), *Aristotle on the human good*, Princeton, Princeton University Press.
- MacIntyre, Alasdair (1984), *After virtue*, Notre Dame, University of Notre Dame Press.
- Maloney, John (1990), *The professionalization of economics. Alfred Marshall and the dominance of orthodoxy*, New Brunswick/London, Transaction Publishers.
- McInerny, Ralph M. (1961), *The logic of analogy*, The Hague, Martinus Nijhoff.

- Nussbaum, Martha C. (2001), "The Protagoras: a science of practical reasoning", en Millgram, Elijah (ed.), *Varieties of practical reasoning*, Cambridge, Londres, The MIT Press, pp. 153-201.
- Parsons, Talcott (1934), "Some reflections on 'The nature and significance of economics'", *Quarterly Journal of Economics*, 48/3, pp. 511-545.
- Quine, W. van, (1960), *Word and object*, Cambridge, The MIT Press.
- Rawls, John (1999), *A theory of justice*, Cambridge, Harvard University Press.
- Robbins, Lionel C. (1956), "The economist in the twentieth century", en *The economist in the twentieth century and other lectures in political economy*, Londres, Mac Millan, pp. 1-17.
- (1965), *Política y economía: disertaciones sobre economía política*, México, UTEHA [*Politics and economics: papers in political economy*, New York, Mac Millan; London & St. Martin's Press, 1963].
- (1984), *Essay on the nature and significance of economic science*, 3ª ed. revisada, Londres, Mac Millan.
- Sen, Amartya (1999), *Development as freedom*, Nueva York, Alfred A. Knopf.
- Senior, Nassau W. (1962) [1860], "'Statistical science', presidential address to the section F of the British Association for the Advancement of Science", en Smyth, R. L. (ed.), *Essays in economic method*, Londres, G. Duckworth.
- Senior, Nassau W. (1938) [1836-1872], "An outline of the science of political economy", en *The library of economics*, Londres, George Allen & Unwin (1836, reimpr., 1872 sexta edición).
- Smith, Adam (1997) [1776], *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, edición de Edwin Cannan, introducción de Max Lerner, traducción y estudio preliminar de Gabriel Franco, México, Fondo de Cultura Económica.
- (1997) [1759], *Teoría de los sentimientos morales*, estudio preliminar y traducción de Carlos Rodríguez Braun, Madrid, Alianza Editorial.
- Taylor, Charles (1997), "Leading a life", en Chang, R. (ed.), *Incommensurability, incomparability and practical reason*, Cambridge, Harvard University Press, pp. 170-183.
- Tomás de Aquino (1949), "De virtutibus in común", en *Quaestiones Disputatae II*, Turín y Roma, Marietti.
- (1949), *Summa theologiae*, Turín y Roma, Marietti.
- (1964), *In decem libros ethicorum Aristotelis an Nicomachum Expositio*, Turín y Roma, Marietti.
- (2000), *Cuestión disputada sobre las virtudes en general*, estudio preliminar, traducción y notas de Laura E. Corso de Estrada, Pamplona, Eunsá.
- Vigo, Alejandro (1997), *La concepción aristotélica de la felicidad*, Santiago de Chile, Universidad de los Andes.
- Weber, Max (1991) [1918], "La ciencia como profesión", en *Ciencia y política*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, pp. 23-62.

- (1978) [1922], *Economy and society*, editado por G. Roth y C. Wittich, Berkeley, University of California Press.
- Wieland, Wolfgang (1996), “El individuo y su identificación en el mundo de la contingencia”, en *La razón y su praxis*, traducción e introducción de A. Vigo, Buenos Aires, Biblos, pp. 117-146.
- Wiggins, David (2002), *Needs, values, truth. Third edition. Amended*, Oxford y Nueva York, Oxford University Press.

(Evaluado el 1 de noviembre de 2010.)

---

## Autor

Doctor en Filosofía, licenciado en Economía. Profesor titular del seminario de Teorías económico-sociales, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional de Cuyo. Investigador independiente del CONICET.

Publicaciones recientes:

- , “De la economía subordinada a la política a la política subordinada a la economía”, *Desarrollo Económico*, en prensa.
- , “Thinking about the financial and economic crisis: some brief notes on its causes and remedies”, *Think. Philosophy for everyone*, The Royal Institute of Philosophy, 8/23, 2009, pp. 97-103.
- , Fernando Tohmé y Daniel Heymann, “Abducting the crisis”, en Magnani, L., W. Carnielli y C. Pizzi (eds.), *Model based reasoning in science and technology: abduction, logic and computational discovery*, Springer Verlag, 2010, pp. 179-198, con referato.
- y Luciano Elizalde, “Comunicación y función retórica en la teoría de Raúl Prebisch”, en Videla, Ludovico y Javier González Fraga (eds.), *Ensayos sobre Raúl Prebisch*, Madrid, Unión Editorial, 2010, pp. 157-199.

---

## Cómo citar este artículo:

Crespo, Ricardo F., “Los ‘problemas de crecimiento’ de la economía moderna”, *Revista de Ciencias Sociales, segunda época*, año 3, N° 19, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, otoño de 2011, pp. 115-132.